

Premisas de la sociología accionalista

Francisco Zapata

LA DETERMINACIÓN DE LAS PREMISAS de una corriente sociológica implica un esfuerzo por ligar la historia intelectual de sus principales exponentes con el contexto de la disciplina en su conjunto y a éstos dos con los propósitos del enfoque propuesto. Debido a ello, la reflexión sociológica no es unidimensional ya que corresponde, según Ammassari, “a puntos de vista epistemológicos de muy distinta índole que tienen, ellos también, raíces en distintos supuestos ontológicos respecto de la ‘realidad’ de la sociedad y del actor individual”.¹ Es decir, la caracterización de una corriente sociológica debe tratar de rendir cuenta de esos diversos correlatos para determinar claramente sus premisas. Es lo que trataremos de realizar aquí en relación con el accionalismo, estrechamente ligado al trabajo de Alain Touraine (Francia, 1925).

Nuestro punto de partida sostiene que el accionalismo resultó de: *a)* una crítica a la sociología clásica, a la teoría de la modernización, al funcionalismo, y al método del análisis multivariado; *b)* la investigación empírica sobre el trabajo y los problemas del sindicalismo; *c)* el análisis de la dinámica de los movimientos sociales. No obstante, es posible reconocer que el accionalismo tiene continuidades importantes con los planteamientos a los que critica para fundamentarse. En efecto, no es una sociología de la posmodernidad ni tampoco se inscribe en los supuestos que la escuela de Frankfurt desarrolló en los años cuarenta. El accionalismo hereda la visión

¹ Véase, Paolo Ammassari (1990). Apoyado en ese memorándum fue elaborado el presente texto, el cual ha sido revisado en su forma y contenido con base en los comentarios de los anónimos árbitros de *Estudios Sociológicos*, a quienes agradecemos su detallada lectura.

positiva de la sociología clásica y de la teoría de la modernización y busca adecuarla a las condiciones de la época contemporánea. Revisa, como veremos en seguida, en forma radical el papel que desempeñan los actores en la acción social y los convierte en el eje central de los movimientos sociales, cambiando así el enfoque clásico que hacía descansar la dinámica social en el movimiento estructural animado por las clases sociales (Melucci, 1975). Además, al cuestionar la metodología derivada de los planteamientos clásicos centrada en el análisis multivariado de características individuales, plantea la necesidad de innovar, y para ello crea la intervención sociológica (1978).

A partir de esta breve consideración podemos especificar las premisas sobre las cuales se asienta el accionalismo. Discutiremos sucesivamente los tres elementos mencionados y en seguida buscaremos mostrar cuáles son los componentes de la definición de "realidad", llevado a cabo por esta corriente sociológica.

La constitución teórica del accionalismo

a) La crítica a los clásicos y a la teoría de la modernización

De acuerdo con Touraine (1984), el punto de partida de la sociología accionalista es la crítica sistemática de la sociología clásica, identificada por él como una "ideología de la modernidad" (1984b). Los tipos ideales de Weber, Tönnies, Durkheim o Marx acerca del tránsito de la sociedad tradicional a la sociedad moderna, de la comunidad a la sociedad, de la solidaridad mecánica a la solidaridad orgánica o de la sociedad preindustrial a la sociedad industrial están estrechamente ligados a una visión evolucionista del desarrollo histórico, y en esa medida, imponen una trayectoria necesaria a la acción social, identificadas con metas exteriores al producto de las relaciones sociales. Identificamos aquí un primer cuestionamiento del accionalismo a la sociología clásica. Por otra parte, la sociología clásica coloca a la sociedad, la nación y el Estado en un mismo nivel, cuyo punto de definición es la modernidad; es decir, la implementación de un futuro secular, racional, nacional. Como la sociología clásica se desarrolla a la sombra de la sociedad industrial y en particular, cuando ésta desplaza las formas preindustriales de producción, no hace sino determinar los correlatos económicos y sociales del desarrollo capitalista y fundar, como en el caso de Marx y Weber, una explicación acerca del surgimiento de este modo de

producción. El vínculo entre dominación política, industrialización y modernidad, constituyen entonces la esencia de la sociología clásica.

El accionalismo afirma, por otro lado, que los clásicos no reconocen a los actores sociales como constructores del orden social sino que declaran la preexistencia de dicho orden a la acción de los actores. Dicha proposición, en la que el orden social está dado de antemano y es internalizado a través de procesos de socialización que, a su vez, están anclados en los sistemas educacionales y culturales, son la base a partir de la cual se desarrolló gran parte de la sociología estadounidense en los años cuarenta y cincuenta, siguiendo muy de cerca la interpretación que Parsons había hecho de los clásicos, y, en particular, de Durkheim y de Freud.

La distinción entre el accionalismo y la sociología clásica no apareció sólo como resultado de una crítica conceptual. Se desarrolló lentamente a través de las investigaciones de la sociología industrial que llevó a cabo Touraine en los años cincuenta, especialmente en la fábrica Renault (1955), en las empresas siderúrgicas y en las minas de carbón del norte de Francia, y también en los trabajos realizados en Brasil y Chile (1961, 1967), que le permitieron demostrar que las concepciones de los clásicos, si bien tenían una base histórica pertinente, arrastraban la herencia comtiana de la direccionalidad necesaria del cambio hacia la modernidad, característica central de la noción de *progreso*. En este sentido, la crítica de Touraine a la sociología clásica es al mismo tiempo una crítica a la sociología de la modernización, identificada con el trabajo de Wilbert Moore (1951, 1960) y Neil Smelser (1959) sobre las condiciones de acceso a la modernidad en sociedades preindustriales con las reflexiones de Gino Germani sobre la asincronía de la transición de la sociedad tradicional a la sociedad moderna (1963) o con el trabajo de Clark Kerr y John Dunlop sobre el industrialismo y el hombre industrial (1960), entre otros. A partir del análisis de esos textos (1976), Touraine muestra que una concepción evolucionista como la adoptada por esos autores, no podía dar cuenta de la forma en que países como los latinoamericanos se estaban desarrollando. La persistencia de los llamados modos de comportamiento preindustriales, junto a patrones altamente sofisticados de relación social, a lo que debía agregarse el peso del Estado en la articulación del proceso de desarrollo económico, no podían explicarse en términos de la teoría de la modernización. La supuesta "irracionalidad", el peso de la "tradición", la presencia de comportamientos preindustriales como eran concebidos en la teoría de la modernización,

no dan cuenta de lo que efectivamente constituye la vida social en los países periféricos. Era necesario reformular la concepción clásica de la racionalidad para poder comprender los condicionantes específicos que los actores sociales de la periferia están experimentando.²

La perspectiva accionalista se levanta entonces de las cenizas de la sociología clásica y de las teorías de la modernización porque no reconoce la coherencia aparente de esa "ideología de la modernidad". Touraine afirma que su visión de la sociología clásica se desarrolla a partir de la ruptura de la relación constitutiva de la modernidad, es decir de un determinado modo de relación entre sociedad, Estado y nación. La separación progresiva de esos elementos de la sociedad industrial implica que los actores no toman al Estado como punto de referencia y de que tienden a distanciarse y a rechazar los intentos por integrarlos. Esto guarda relación con la opacidad que tiene hoy el sentimiento nacional y con el hecho de que las identidades estén cada vez más referidas a la comunidad y cada vez menos a la nación. Apoyando la formulación de Touraine, Melucci (1978, 1990) argumenta que los movimientos sociales juegan hoy un papel central en la articulación de la sociedad civil en contra de los intereses de la tecnoburocracia, sin que ello conlleve necesariamente una amenaza al Estado, que se define más y más como un administrador de la economía y no como un representante o gestor de los intereses de la sociedad civil. Al tratar de dar cuenta de la desaparición del orden social, identificado con el Estado y la nación, el accionalismo busca refutar la supremacía de éste sobre los actores sociales. Busca un nuevo principio de articulación, donde los actores sociales sean los constructores del orden social, sin que éste se identifique necesariamente con una determinada forma de organización social o con el Estado. Son los movimientos sociales los que representan las tensiones que oponen a las clases sociales por el control de la historicidad (es decir, del modelo cultural de la sociedad industrial; Touraine, 1973) y son también el reflejo

² Producto de esta reformulación fue el análisis que Fernando Henrique Cardoso realizó de los empresarios de Argentina, Brasil y Chile, cuya acción tuvo que interpretar en forma muy diferente a la que habían efectuado los clásicos y en particular Weber. Una reformulación similar fue hecha para rendir cuentas sobre el comportamiento de los obreros o de los pobres de las ciudades, los que difícilmente podían ser mecánicamente asimilados a esquemas importados de Europa Occidental o de Estados Unidos. A partir de la incorporación de esta evidencia empírica, el accionalismo pudo sentar las bases de una concepción amplia de la forma en que surgen los actores sociales.

de la crisis de la modernidad. Lo que fue dominación, control y coerción es remplazado por una sociedad conflictiva en la que los actores compiten por el rumbo que puede tomar la historicidad (1973b).

En esta perspectiva, los movimientos sociales tienden a ser exclusivamente *sociales* (valga la redundancia) sin involucrarse necesariamente en dinámicas de transformación política. No buscan la transformación del modo de dominación para justificarse como tales ni tampoco elaboran planteamientos ideológicos sobre alternativas de sociedad. Tratan de constituir una identidad que les permita actuar sobre sí mismos y sobre la sociedad. Para ello, sus referencias ya no son la nación, el Estado o el orden social sino los detonantes de su aparición en el escenario social, como pueden ser la ecología, la identidad sexual, las regiones, etcétera.

La noción de *relación social* y la capacidad para generar movimientos sociales es el fundamento de lo social mientras éste, a su vez, representa la capacidad de la sociedad para producirse a sí misma. Los actores, por intermedio de las relaciones sociales, establecen patrones a través de los cuales se vinculan entre sí sin referirse a ningún orden metasocial que trascienda ese nivel de la interacción. No hay un solo orden social ni existe una abstracción llamada *sociedad* (1977) que regule las relaciones sociales entre los individuos. Así, el estudio de las relaciones sociales remplaza al estudio de la sociedad como objeto central de la sociología. Por otra parte, en la medida que la esfera de lo social y la esfera de lo político están cada vez más separadas la una de la otra, lo social no se puede referir a lo político ni éste explicarse por aquél. Gran parte de la sociología política pierde así su razón de ser y pasa a confundirse con la ciencia política, lo cual es más y más aparente en el análisis de las cuestiones electorales, en el estudio de las actitudes de diversas categorías sociales (como los obreros o las clases medias). Esto es lo que le da al accionalismo la posibilidad de ocupar un terreno que hasta ahora se había reducido frecuentemente al análisis de la movilización social como componente de la esfera política y tratar de convertirla en un objeto específicamente sociológico.

El accionalismo responde de esta manera a la crisis de la sociología clásica, identificada con la modernidad, y afirma la posibilidad del análisis sociológico centrado en el estudio de las relaciones sociales. La demarcación así realizada permite estudiar diferentes esferas de la vida social a través de los movimientos sociales, de los problemas ligados a la vida del trabajo o de los problemas de los países en vías de desarrollo que ya no forman parte de una vi-

sión evolucionista, inscrita en una historia necesaria, sino más bien de desafíos propios que ya no involucran al Estado. El significado del conflicto social ya no se identifica con los desafíos al poder estatal o con la ambición de asumir el control del Estado sino con nuevos desafíos como pueden ser la defensa del medio ambiente, la afirmación de la identidad individual o la identidad colectiva. En síntesis, Touraine afirma que si la sociología clásica vio al actor *en* la historia, si la sociología crítica lo vio *fuera* de la historia, el accionalismo lo ve como parte del proceso de producción de la sociedad por sí misma, sin referencias articuladas hacia metas metasociales, la Historia, la Modernidad, el Futuro.

b) La crítica al funcionalismo

El accionalismo no se distancia sólo de la sociología clásica o de las teorías de la modernización sino también del funcionalismo. La lectura que Touraine hace de Parsons reconoce la necesidad de luchar contra las orientaciones de la visión funcionalista, profundamente organicista y en su versión más reciente, sistémica, especialmente porque busca confrontar las posiciones conservadoras que toma en relación a la existencia del "orden social".³ Por ejemplo, mientras la teoría funcionalista en su versión parsoniana coloca al conflicto social dentro de *mecanismos institucionalizados* que descansan a la vez en un cuerpo de normas y valores, Touraine, sobre la base de sus investigaciones acerca del *trabajo* (1955, 1966), lo coloca dentro de una *estructura de poder* donde las relaciones de autoridad no son necesariamente racionales ni tampoco están colocadas en un marco de referencia legal. La concepción funcionalista de un sistema de valores se identifica con el lenguaje de las clases dominantes o de la élite política que pretende que el conflicto es susceptible de ser institucionalizado (Coser, 1956). Para Touraine, la presencia de un sistema de valores situado por encima del juego de las relaciones sociales es inconsistente con la presencia de relaciones de poder que definen precisamente una jerarquía en la que están basados esos valores, lo que relativiza radicalmente su legitimidad.

Lo anterior se corresponde claramente con la herencia de We-

³ Touraine (1978), siguió los cursos de Talcott Parsons en Harvard, en 1952, y reaccionó al funcionalismo parsoniano en los primeros capítulos de su libro *Sociología de la acción* (1965).

ber en Parsons. En efecto, la correspondencia de los valores universalistas y particularistas se identifican con las sociedades industriales y preindustriales respectivamente y al mismo tiempo con comportamientos instrumentales y expresivos, típicos de cada una de las sociedades mencionadas. Además, los fenómenos que no se adecuan a los patrones prevalecientes de comportamiento, como la desviación social, la marginalidad o los movimientos sociales, sólo se pueden definir en términos de un funcionamiento inadecuado de la organización social y no es posible asumirlos como formas específicas de acción social. Es claro que Touraine va a tomar distancia con respecto a los dos aspectos mencionados y va a plantear la posibilidad de que ambos tipos de valores, ambos tipos de sociedad y también los comportamientos mencionados puedan perfectamente coexistir para dar lugar a relaciones sociales que se pueden estudiar en sus propios términos, sin tener que pasar por el supuesto de un "orden social", de "consensos sociales", o de un único modo de funcionamiento de la sociedad.

c) La crítica al análisis multivariado

El contraste entre el funcionalismo y el accionalismo descansa también en que este último rechaza lo que los actores manifiestan acerca de su propia práctica, que era precisamente lo que recogían las encuestas basadas en cuestionarios, método por excelencia de los funcionalistas. Ese discurso, que era objeto de análisis estadísticos y de pormenorizados cálculos, fue la base sobre la que descansó gran parte de la sociología funcionalista. Retrospectivamente, podemos ver que era lógico que así fuera, en la medida que los procesos sociales se observaban a través del prisma de lo que los individuos habían internalizado. Cada conciencia individual era un espejo en el que podía estudiarse a la sociedad. La recolección de cuestionarios por muestras aseguraba que los distintos elementos constitutivos de esa sociedad estuvieran adecuadamente representados: por edad, por sexo, por niveles educacionales, por niveles de ingreso, por ubicación geográfica, etcétera.

Para el accionalismo, este método tenía serios inconvenientes, porque no permitía conocer la dinámica que los actores sociales iniciaban, independientemente de las variaciones que pudieran existir entre sus diversos integrantes (Dubet, 1987). Aparecía un alto grado de etnocentrismo, implícito en el esquema parsoniano que daba por supuesto que todas las formaciones sociales funcionaban como

la estadounidense, y poseían niveles similares de integración social. No era posible utilizar esos parámetros en sociedades desintegradas, con conflictos arraigados, con diferencias culturales profundas o simplemente con aparatos de socialización contradictorios entre escuela y familia, por ejemplo. Ni duda podía haber que tampoco era posible utilizar encuestas por muestreo en el estudio de los movimientos sociales, altamente dinámicos en su conformación interna, y más todavía en términos de su fluidez temporal. Por último, fenómenos como las luchas por la independencia nacional, o revoluciones identificadas con problemas difícilmente comprobables al nivel de las conciencias individuales no podían ser captados por esa metodología.

El accionalismo es entonces un esfuerzo por trascender la práctica social manifiesta y ubicar la reflexión sociológica en el plano de la búsqueda de los significados latentes, que no se pueden aprehender en las conciencias individualmente consideradas sino que tienen que buscarse en la acción colectiva expresada por los movimientos sociales.

Más allá del esfuerzo por desmarcarse de la sociología clásica, del funcionalismo, del análisis multivariado y de la teoría de la modernización, se puede constatar que el accionalismo no se constituye sólo a partir de una crítica conceptual. En efecto, la investigación empírica acerca de los problemas del trabajo y del sindicalismo son una segunda vertiente que nos corresponde explorar ahora.

2 El trabajo y la acción social en la investigación empírica

Como lo plantea Touraine en *Un désir d'histoire* (1978), autobiografía y reiteración de sus planteamientos centrales, el accionalismo está enraizado en un contacto temprano con los problemas del trabajo y del movimiento obrero. Después del fin de la Segunda Guerra Mundial, habiendo concluido sus estudios de historia en l'École Normale Supérieure, entró en contacto con Georges Friedman,⁴ pionero de los estudios del trabajo en Francia, quien lo impulsó a emprender una investigación de la conciencia obrera en la fábrica Renault situada en París (1955). Vivió la vida de los mineros del carbón del norte de Francia no como observador sino como

⁴ Autor de *Les problèmes humains du machinisme industriel*, París, Gallimard, 1946.

minero de fondo.⁵ Estos contactos entre Touraine y el mundo del trabajo, del sindicalismo, de la vida fabril, al final de los años cuarenta y en los años cincuenta (1978a) le dieron la posibilidad de concebir al *trabajo* como “una relación de los hombres con el producto de su esfuerzo, alienación y desalienación permanente; una situación que no es sólo sufrida ni tampoco puramente intención creativa” (1965). A partir del trabajo se constituye la noción de acción social definida como producción de obras y atribución de sentido. La idea según la cual la producción es a la vez transformación de la naturaleza y creación simbólica establece la diferencia fundamental entre el concepto de historicidad en el accionalismo y cualquier definición positivista de la actividad económica.

El desarrollo de la sociología del trabajo en Francia (Rose, 1974) mostró la posibilidad de dar cuenta de una concepción del *trabajo* fundada en prácticas específicas que debían ser investigadas en contextos concretos, superando así las concepciones trascendentes asociadas al marxismo. El trabajo y quienes lo llevan a cabo, los obreros, son analizados a partir de una imagen de la sociedad industrial en la que burgueses y proletarios compiten por el control del proceso de producción y a la vez buscan apropiarse de su historicidad (“acción de la sociedad sobre sí misma”). Algunos mitos acerca de la conciencia obrera fueron desvirtuados: así, la idea de que cuando la gente está contenta trabaja mejor, es decir está satisfecha en el trabajo, se critica a partir de la constatación de que la satisfacción en el trabajo no es una unidad sino que está descompuesta en varios elementos (satisfacción por contar con empleo, por tener buenos compañeros de trabajo, por ganar un buen salario, etc.); además se cuestiona dicha proposición constatando que no existe relación entre productividad del trabajo y satisfacción en el trabajo. La sociología del trabajo contribuye así a desmitificar las ideologías patronales enfocadas a ligar esos aspectos.⁶

⁵ Dice al respecto: “Como no era muy vigoroso ni tenía calificación trabajaba como peón. Mi salario era bajo. El alquiler consumía todo mi salario. Tuve que cambiar de alojamiento. Fui a parar a las habitaciones de los obreros extranjeros. Trabajaba de noche [...] Los mineros constituían un grupo social más dirigido a sí mismo que a su papel en la sociedad. Los mineros en casi todas partes del mundo tienen conciencia de clase, de sí mismos, más fuerte que su conciencia de las relaciones de clase y sobre todo de su conciencia política de clase. En muchos países se puede hasta decir que el radicalismo social de los mineros se ha asociado frecuentemente con un reformismo político” (1978:36-41).

⁶ Bernard Mottez (1966), contribuyó significativamente a puntualizar este aspecto; se dedicó a demostrar el aparato ideológico de los empresarios al respecto.

Por otra parte, investigaciones realizadas en América Latina (1967)⁷ contribuyeron a realzar la importancia de la sociedad global como marco de referencia de la interpretación de la acción obrera superando la imagen sociográfica de que la edad, la composición familiar, la migración, la historia ocupacional y educacional y los niveles salariales están directamente correlacionados con los comportamientos políticos, las ideologías, los elementos de la conciencia obrera.

Asimismo, a partir de una visión analítica de la evolución profesional del trabajo, se inserta a los obreros en fases de la trayectoria del proceso de trabajo en las que la calificación tiene un papel central que jugar en la interpretación de la acción obrera.⁸

La trayectoria anterior llevó a Touraine a trabajar teóricamente en forma muy sostenida, desde la última mitad de los sesenta hasta principios de los setenta, trabajos que se encarnaron en los libros *Production de la société* [La producción de la sociedad] y *La voix et le regard* [La voz y la mirada], publicados en 1973 y en 1978 respectivamente. Estos libros redefinieron a la sociología y a su método y sirvieron de punto de partida para la implementación del proyecto más ambicioso de Touraine hasta esa fecha, el estudio de los movimientos sociales a través del método de la intervención sociológica⁹ (1980a).

Desde la intervención sociológica en el movimiento estudiantil (1968), pasando por el análisis del regionalismo occitano (1981), los movimientos antinucleares (1981), "Solidaridad" en Polonia (1982), el sindicalismo francés (1984), Touraine ha buscado aprehender el

⁷ En particular, las investigaciones realizadas en Argentina, Chile, Colombia y República Dominicana sobre la adaptación de los obreros a la vida industrial y urbana, y en las que, a través de grandes encuestas representativas de diversos ámbitos de la producción y de los servicios, se buscó explicar la naturaleza de la conciencia obrera en esos países de América Latina. Véanse las tesis doctorales de Daniel Pécaut, Roberto Las Casas, Silvia Sigal y Gerónimo de Sierra.

⁸ Distingue así al obrero profesional, al maestro de la Fase A del obrero masa de la cadena de montaje, típico de la Fase B, y a ambos del profesional altamente calificado (asociado con las cabinas de control de plantas hidroeléctricas, de altos hornos o de conducción de aviones) de la Fase C. Si bien estas tres fases guardan alguna relación con la evolución tecnológica no están necesariamente referidas a ella sino que se encuentran mas cerca de una visión del trabajo definido en términos de *tipos*.

⁹ Dicho proyecto tuvo también un correlato organizacional ya que ahí nació el Centro de Análisis e Intervención Sociológica (CADIS), adscrito a la Maison des Sciences de l'Homme en la cual Touraine ha desarrollado su trabajo los últimos 15 años.

significado *colectivo* de la acción *colectiva*. Pues, se trata de encontrar las identidades colectivas que son centrales para la operación de los movimientos sociales. Aquí, en vez de reflexionar acerca de sofisticados índices estadísticos derivados del análisis multivariado:

el sociólogo debe hacer aparecer al actor estudiado el sentido más creador de su acción. La intervención sociológica es un ascenso del actor hacia ese sentido que le presenta el sociólogo y después su descenso hacia la acción, para que el sociólogo pueda verificar si ese sentido que le ha propuesto está fundamentado, es decir si tiene la capacidad de orientar y de darle inteligibilidad a la acción (1981c).

Posibles significados son explorados a través de confrontaciones con adversarios reales y en discusiones controladas con los investigadores (véase Dubet, 1987). La intervención permite así captar, por ejemplo, la conciencia de clase como un fenómeno colectivo y no como resultado de la agregación de actitudes individuales; como lo indican los resultados publicados de las diversas intervenciones, el cuadro resultante de la acción colectiva es más poderoso y complejo que el que resulta de generalizaciones derivadas de análisis estadísticos. La intervención sociológica refleja el imperativo de la participación directa del sociólogo en situaciones cuidadosamente controladas, en las cuales incluso se puede hacer uso de tecnologías, como el video, para conservar mejor y más fielmente lo que ocurre durante las sesiones con adversarios, con los investigadores y en los grupos en tanto tales. Aparecen así las relaciones sociales, los conflictos, los acuerdos y los desacuerdos. Cuando el análisis de las relaciones de clase constituye el foco del análisis, la intervención debe ser todavía más directa, dado que aquí los significados atribuidos a los actores sociales están ocultos detrás del discurso ideológico y de las racionalizaciones que el sociólogo debe descubrir para poder extraer el sentido real de esas relaciones de clase y de esos movimientos sociales (Amiot, 1980).

La dinámica de los movimientos sociales

Ejemplificaremos el método y la manera en que la teoría accionalista es puesta a prueba a través de la consideración de la intervención sociológica en el movimiento obrero francés (1984).

Dicho análisis plantea que la historia del movimiento obrero

transita de una actuación comunitaria (referida a una situación en la que los obreros pueden rebelarse o negociar) a una acción voluntaria (la toma de conciencia, en que los obreros se definen como tales dentro de una relación conflictiva). Durante ese proceso se identifican elementos no negociables en un campo con dos antagonistas principales que se oponen en función de un proyecto que les concierne a ambos: la industrialización, la acumulación de capital. Obreros y empresarios se enfrentan en tanto adversarios por el control del proceso de acumulación que ambos consideran un valor positivo. De la toma de conciencia de este conflicto, que es también el conflicto de clases, surge la *conciencia obrera* que se relaciona con la autonomía profesional de los obreros calificados. A partir de la definición de este aspecto central del movimiento obrero, Touraine y sus colegas examinan lo que llaman "el sindicalismo sin movimiento obrero", es decir la pérdida de vigencia de esa conciencia obrera en la sociedad contemporánea y sus implicaciones para la articulación de nuevos movimientos sociales en Francia. En efecto, la conciencia de los obreros profesionales, calificados, típicos de la fase ascendente del capitalismo industrial entra en crisis una vez que la sociedad industrial pasa de ser una sociedad definida sobre todo por la producción a ser una de comunicación y de servicios.

Los autores proponen que la explicación de esa crisis descansa en la separación entre los trabajadores que defienden y buscan un estatus basado en una calificación profesional y aquellos que se ven a sí mismos como marginales y excluidos de la calificación profesional. Así, la conciencia obrera evoluciona, de una situación en la que estatus profesional y calificación estaban unidos, a una en que progresivamente se separan. El desafío de la intervención sociológica es ver hasta qué punto esta imagen de la crisis es experimentada por los trabajadores de diversos sectores de la producción. Este esquema se propone a trabajadores de la siderurgia, de la petroquímica, de los ferrocarriles y a dos grupos adicionales, uno compuesto de obreros no calificados (peones) y otro de trabajadores de la computación.

La intervención sociológica constata que los siderúrgicos aceptan mejor los elementos constitutivos de la conciencia obrera y afirman la necesidad de que el sindicalismo siga centrado en la empresa y en los problemas del trabajo, sin comprometerse políticamente. Los trabajadores de la química exponen la necesidad de ir más allá de la acción sindical y plantean la importancia de una acción más política que económica, declarándose partidarios de una crítica general de la sociedad industrial. Los ferrocarrileros, que apelan a

la conciencia de clase para dar una nueva orientación a la acción sindical buscan confrontar a la burocracia que administra la empresa. Tratan de integrar a los trabajadores no calificados, mujeres e inmigrantes, en la acción sindical. Los trabajadores no calificados no se reconocen en el esquema propuesto por los sociólogos y afirman que el sindicalismo está muerto. En opinión de estos trabajadores, los sindicalistas están completamente desvinculados de sus problemas que se centran en una explotación sin contemplaciones a la que los que pertenecen al sindicato no prestan atención. Podría decirse que esta situación afecta típicamente a los trabajadores de las empresas subcontratistas que, sin pertenecer a las unidades en que prestan sus servicios, están plenamente familiarizados con las ventajas de que gozan los trabajadores organizados. Entre los empleados de la computación se observa la inexistencia de una visión de conjunto de la actividad sindical.

Los debates, con adversarios e investigadores, apuntan a un distanciamiento entre el significado que se da a la acción del movimiento obrero y la que se le da a la acción política. Los trabajadores que participaron en la intervención sociológica confirman la crisis de la conciencia profesional del trabajador que resulta de la decadencia del estatus derivado de la calificación profesional.

Sobre la base de estos hechos, podemos observar que la intervención sociológica permitió confirmar la hipótesis respecto de la crisis de la concepción clásica de la conciencia obrera y de la desaparición del movimiento obrero que estaba basado en ella. Como resultado de esta crisis, los autores anotan la existencia de un sindicalismo extremadamente prosaico, limitado a la negociación de peticiones de retaguardia y frecuentemente subordinado a los partidos políticos que sólo tratan de mantenerlo para asegurar una clientela electoral. Por lo tanto, la crisis del movimiento obrero no está sólo relacionada con el nivel político sino que también penetra la conciencia de los trabajadores.

Dos niveles de análisis sociológico pueden ser entonces apprehendidos, el de las precondiciones estructurales de la acción y el de las orientaciones, representaciones e ideologías de los actores (Melucci, 1990).¹⁰ El movimiento social, en consecuencia, está identi-

¹⁰ Según Melucci (1990), es necesario superar el dualismo entre las precondiciones estructurales de la acción colectiva y las motivaciones individuales de la misma. La acción colectiva es una construcción social compuesta de aspectos cognoscitivos e interactivos que constituyen los distintos niveles analíticos que conforman a un actor empírico.

ficado con las presiones para alcanzar el control de la historicidad y resulta tanto de elementos objetivos y subjetivos, superándose así el debate clásico, articulado alrededor de la contradicción entre clases sociales como base de la dinámica social y política. El énfasis actual de la teoría sociológica en el individuo puede reconciliarse con factores macrosociales que contribuyen a moldear el contenido de relaciones sociales específicas. No existe separación de situaciones y actores sino interdependencia entre los dos elementos que desencadenan la acción social.

Conclusiones

Podemos abordar ahora los supuestos de la definición de la realidad derivados del accionalismo. El análisis del trabajo y el análisis de los movimientos sociales constituyen el fundamento de esa definición. Estos dos elementos, que corresponden a dos momentos del pensamiento accionalista, están relacionados con el uso de dos metodologías de investigación, la primera vinculada con el análisis multivariado y la segunda con la intervención sociológica.

En primer lugar, el accionalismo define la realidad social en términos de las *relaciones sociales*. No existe realidad metasocial alguna que englobe todas las manifestaciones de la vida social. Los actores no están en la sociedad: son la sociedad (1977:224). Los hombres “construyen” a la sociedad y participan de su autoproducción. El análisis que Touraine realizó del *trabajo* planteó los fundamentos de lo que se transformaría en el accionalismo. Al observar la acción social en el taller, en la negociación colectiva, en la participación política se constatan los nexos que unen a capitalistas y a proletarios en el contexto de la sociedad industrial. Así, en el *trabajo*, los hombres no están sólo transformando la naturaleza por medio de la tecnología sino que están, a la vez, dando sentido a lo que hacen. La concepción marxista del trabajo se profundiza al darle al proceso de acumulación un sentido que va más allá del capital. Obreros y capitalistas comparten un mismo proyecto, el de la industrialización, cuyos frutos tratan de apropiarse. El *trabajo* no puede reducirse a la explotación de unos por otros. Esto no implica que no exista explotación pero su definición se corresponde con un contexto más sociológico, menos referido a la operación desnuda del capital. El industrialismo revela mejor que la noción de capitalismo lo que ambos actores de la acumulación están persiguiendo. Un fenómeno como el conflicto de clases no está determinado

estructuralmente sino que corresponde a un conflicto por la apropiación del sentido de la acumulación. Esto proporciona a Touraine la posibilidad de definir a la sociedad industrial al nivel de las relaciones de producción y superar la distinción entre capitalismo y socialismo, que tiene que ver más con la organización política que con la organización económica de la sociedad. Cuando Touraine enfoca el sentido del movimiento obrero dentro de la sociedad industrial, es precisamente donde puede apprehenderse su significado histórico, ligado estrechamente a la dinámica de la sociedad industrial. Por estas razones se puede pensar que la crisis de la sociedad industrial es también la crisis del movimiento obrero, que surgió junto con ella desde mediados del siglo XIX.

Es útil agregar que esta concepción del trabajo, como sentido de la acción, impide separar la *acción* de la *situación*, cuestión que también ha sido objeto de debate. Los obreros, en la medida que comparten el espacio fabril con los capitalistas y compiten por la apropiación del producto del trabajo no son sólo explotados, tal como lo argumenta correctamente Michael Burawoy al definir el concepto de “consenso industrial” (*manufacturing consent*). (Véase Burawoy, 1982 y 1983.) El hecho central es que lo hacen activamente sobre la base de ser capaces de rebelarse en contra de un proceso que permite la explotación. Así es como surge una identidad colectiva y como aparece la acción colectiva.

Lo anterior resulta de la aplicación de discusiones controladas con el grupo de obreros que fueron convocados desde distintas actividades económicas y de la puesta a prueba de la hipótesis central entre ellos. No resultó de entrevistas con individuos sino de la puesta a prueba de una hipótesis desarrollada en conjunto por sociólogos y actores. Desde estas dos perspectivas, el análisis del trabajo y de los movimientos sociales, el accionalismo ha podido formular una forma específica de enfocar las relaciones sociales. Aquí reside la epistemología de esa postura de la teoría sociológica.

La segunda implicación que la forma en el accionalismo define la “realidad” tiene que ver con el método. Aquí, la intervención sociológica profundiza lo que teóricamente estaba limitado a una simple confrontación con la sociología clásica y especialmente con el funcionalismo. Cuando la intervención sociológica busca los significados que los actores sociales dan a su práctica dentro de los movimientos sociales, están definiendo la “realidad”, no en términos de lo que esos actores dicen (como sería el caso de una encuesta) sino en términos de su reacción a la hipótesis formulada por los investigadores. Los actores sociales se ven desafiados por la lectu-

ra que los investigadores hacen de su práctica y deben responder a ella rechazándola o aceptándola. Cuando los grupos difieren con respecto a la hipótesis, como ha sido el caso por ejemplo de la intervención realizada con el movimiento antinuclear (1981a), los investigadores deben redefinirla o concluir que el movimiento analizado posee otros significados que tienen que ser articulados en nuevas hipótesis. De esta manera, la "realidad" se hace más compleja y los investigadores deben corregir su visión original del movimiento que están tratando de comprender. Esta situación, que se planteó con relación al análisis del movimiento antinuclear, permitió que los investigadores identificaran tendencias dentro del movimiento que no eran tan claras cuando comenzó la intervención y que ni siquiera los propios actores habían reconocido al formular su estrategia de investigación.

Así, la categoría de *trabajo* y el método de la intervención sociológica son los factores centrales en la configuración del accionismo como teoría sociológica. Se trata de ir más allá de la sociología clásica sustantiva e intentar responder al cuestionamiento de cómo la sociedad se produce a sí misma a partir de la acción de actores inscritos en los movimientos sociales.

Recibido en septiembre de 1990

Revisado en octubre de 1991

Correspondencia: El Colegio de México/Centro de Estudios Sociológicos/
Camino al Ajusco 20, Col. Pedregal de Santa Teresa/ C.P. 01000 México,
D.F.

Bibliografía selecta de Alain Touraine

- 1952 "L'ambiguïté de la sociologie industrielle américaine", en *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. vu.
- 1955 *L'évolution du travail aux usines Renault*, Paris, Centre National de la Recherche Scientifique.
- 1961 *Ouvriers d'origine agricole*, Paris, Éditions du Seuil.
- 1962 "L'évolution professionnelle du travail", en *Traité de Sociologie du Travail*, Paris, Éditions du Seuil.
- 1965 *Sociologie de l'action*, Paris, Éditions du Seuil.
- 1966 *La conscience ouvrière*, Paris, Éditions du Seuil.
- 1967 *Huachipato et Lota, étude de la conscience ouvrière dans deux entreprises chiliennes*, Paris, Centre National de la Recherche Scientifique.

- 1968 *Le mouvement de mai ou le communisme utopique*, Paris, Éditions du Seuil.
- 1969 *La société post-industrielle*, Paris, Denoel.
- 1972 *Université et société aux Etats Unis*, Paris, Éditions du Seuil.
- 1973a *Vie et mort du Chili Populaire*, Paris, Éditions du Seuil.
- 1973b *Production de la société*, Paris, Éditions du Seuil.
- 1974a *Lettres à une étudiante*, Paris, Éditions du Seuil.
- 1974b *Pour la sociologie*, Paris, Éditions du Seuil.
- 1976a *Au delà de la crise*, Paris, Éditions du Seuil.
- 1976b *Les sociétés dépendantes*, Paris, Dukulot.
- 1977 *La société invisible*, Paris, Éditions du Seuil.
- 1978a *La voix et le regard*, Paris, Éditions du Seuil.
- 1978b *Un désir d'histoire*, Paris, Stock.
- 1978c *Lutte étudiante*, Paris, Éditions du Seuil.
- 1980a "La méthode de la sociologie de l'action: l'intervention sociologique", *Revue Suisse de Sociologie*.
- 1980b *L'après-socialisme*, Paris, Grasset.
- 1981a *La prophétie anti-nucléaire*, Paris, Editions du Seuil.
- 1981b *Le pays contre l'État*, Paris, Editions du Seuil.
- 1981c "Une sociologie sans société", en *Revue Française de Sociologie*, vol. XXII.
- 1982 *Solidarité, analyse d'un mouvement social: Poloque 1980-1981* (con François Dubet, Michel Wieviorka y Jan Strzelecki), Paris, Fayard.
- 1984a *Le mouvement ouvrier* (con Michel Wieviorka y François Dubet), Paris, Fayard.
- 1984b *Le retour de l'acteur*, Paris, Fayard.
- 1986 "Introducción al método de la intervención sociológica", en *Estudios Sociológicos*, vol. IV, núm. 11, mayo-agosto.
- 1987 *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*, Programa Regional de Empleo para América Latina y el Caribe (PREALC), Santiago de Chile.
- 1988 *La parole et le sang. Politique et société en Amérique Latine*, Paris, Éditions Odile Jacob.

Bibliografía

- Amiot, Michel (1980), "L'intervention sociologique: la science et la prophétie. A propos d'un livre d'Alain Touraine", en *Sociologie du Travail*, octubre-diciembre, núm. 4.
- Ammassari, Paolo (1990), "Memorándum a los participantes", sesión 4, parte I del *Simposio I del XII Congreso Mundial de Sociología*, julio, Madrid.
- Bajoit, Guy (1974), "Vers une sociologie scientifique. A propos du livre d'Alain Touraine's production de la société", en *Sociologie du Travail*, núm. 16, abril-junio 1974.

- Burawoy Michel (1982), *Manufacturing consent*, Chicago, University of Chicago Press.
- (1983), "Between the labor process and the State: the changing face of factory regimes under advanced capitalism", en *American Sociological Review*, octubre.
- (1985), *The politics of production*, Londres, New Left Books.
- Cardoso, Fernando Henrique (1968), *Cuestiones de sociología del desarrollo*, Santiago de Chile, Ed. Universitaria.
- y Enzo Faletto (1969), *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI Editores.
- Coser, Lewis (1956), *The functions of social conflict*, Nueva York, The Free Press.
- Dubet, François (1987), "Los criterios de validación de la intervención sociológica", *Estudios Sociológicos*, vol. v, núm. 15, septiembre-diciembre.
- (1989a), "De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto", en *Estudios Sociológicos*, vol. vii, núm. 21, septiembre-diciembre.
- (1989b), *Pobladores. Luttés sociales et démocratie au Chili*, París, Éditions L'Harmattan.
- y Tironi, Eugenio (1991), *Les lycéens*, París, Éditions du Seuil.
- Friedman, Georges (1946), *Les problèmes humains du machinisme industriel*, París, Gallimard.
- y Pierre Naville (comps.) (1964), *Tratado de sociología del trabajo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Germani, Gino (1963), *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós.
- Gouldner, Alvin (1985), *The two marxisms*, Nueva York, Oxford University Press.
- Kerr, Clark y John Dunlop (comps.) (1960), *Industrialism and industrial man*, Harvard, Harvard University Press.
- Lojkine, Jean (1980), "La spécialisation des champs en sociologie", *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. LXVIII, enero-junio.
- Maheu, Luis (1983), "Des mouvements sociaux à la recherche d'une méthodologie", en *La méthode de l'intervention sociologique* (textos de: A. Touraine, F. Dubet, Z. Hegedus, L. Maheu, M. Wieviorka), París, CADIS.
- Melucci, Alberto (1975), "Sur le travail théorique d'Alain Touraine", *Revue Française de Sociologie*, vol. xvi.
- (1978), "Société en changement et nouveaux mouvements sociaux" en *Sociologie et Société*, vol. x, núm. 2, octubre.
- (1990), *Sociological Abstracts*, xii World Congress of Sociology, julio, suplemento 160.
- (1991), "La acción colectiva como construcción social", *Estudios Sociológicos*, vol. ix, núm. 26, mayo-agosto.

- Moore, Wilbert (1951), *Industrialization and labor: social aspects of economic development*, Ithaca, Cornell University Press.
- y Arnold Feldman (comps.) (1960), *Labor commitment and social change in developing areas*, Nueva York, Social Science Research Council.
- Mottez, Bernard (1966), *Systèmes de salaires et politiques patronales*, Paris, Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS).
- Rose, Michael (1974), *Servants of post-industrial power? Sociologie du travail in modern France*, Londres, MacMillan.
- Smelser, Neil (1959), *Social change in the industrial revolution*, Chicago, University of Chicago Press.
- Wierviorka, Michel (1991), *L'espace du racisme*, París, Éditions du Seuil.
- (1988), *Sociétés et terrorisme*, Paris, Fayard.

